

Organizar el caos

Por Luis María Anson

El gran desafío de la transición en España consistía en organizar la moderación. La Corona se lo jugaba todo en ese intento. Y el Rey lo sabía. El cambio de la dictadura a la democracia sólo era posible si los sectores moderados se organizaban, reduciendo los extremismos estériles a diminutas minorías. La Monarquía trazó la estrategia de la arriesgada operación política. Se necesitaba, además, al conductor del cambio. El elegido, primero por el Rey, luego por el pueblo, fue Adolfo Suárez. Su éxito profundo se deriva de haber organizado la moderación. Por eso está en el poder. Por eso ha sido posible la democracia. Por eso se ha establecido en España la Monarquía de todos. La moderación ganó las elecciones. Las ganó con la victoria del Partido que subió al Gobierno; las ganó con el éxito del Partido que encabezó la oposición; las ganó con los grupos regionales que acaban de triunfar en Cataluña y Vasconia. Esta es la realidad, aunque se puedan señalar contradicciones. Porque la Historia no se hace en línea recta. El camino del progreso hay que avanzarlas muchas veces en zigzag. La labranza de los pueblos para la libertad exige agotadoras jornadas de tenacidades y equilibrio. La política es siempre una larga paciencia.

Si España no se encontrara situada en el arco de la máxima tensión mundial, habríamos ya conquistado el futuro, como deseaba el Rey. Pero los vientos de guerra fría, que se han huracanado, soplan sobre la geopolítica española. Poderosos sectores nacionales e internacionales, y no sólo en una dirección, pugnan por soltar la riada, quebrar los diques moderados y anegarlo todo. España no debe ser una pieza útil en el Occidente; he ahí el objetivo. Hay que empobrecerla, hay que neutralizarla, hay que destruir.

Si no se sitúa a la nación española en el contexto internacional de la hora presente, no se puede entender una palabra de lo que pasa en el país. La resplandeciente mediocridad de la mayoría de los políticos españoles les impide ver más allá de sus propias narices. El éxito de la transición consistió en organizar la moderación; la desarticulación de la difícilísima operación política llevada a cabo reside justamente en lo contrario: en organizar el caos, del que sólo se sale con la dictadura de uno u otro signo.

Y para organizar el caos, los oscuros agentes del extremismo han planteado el empobrecimiento de España y la proletarianización de la clase media. Es esta una operación que se realiza de forma sistemática y metódica. El objetivo final consiste en recrear un proletariado mayoritario en nuestra nación.

Para organizar el caos, se insinúan planteamientos autonomistas que van más allá de la Constitución. Es la vieja consigna del divide y vencerás. Se está echando un gran pulso para descomponer la unidad nacional. Las siembras de Caín se esparcen ya, y copiosamente, por las regiones de España.

—Favor pase a la página 13.

ACTUALIDAD INTERNACIONAL

La pesadilla de Vietnam

WASHINGTON. Hace justamente cinco años esta semana que los comunistas conquistaron a Vietnam del Sur, propinándole a los norteamericanos su primera derrota en la historia. Y de maneras diversas, probablemente ese desastre esté fresco en el pensamiento de los norteamericanos.

Por una parte, las encuestas muestran que la nación ha entrado en lo que yo llamo "período post-Vietnam"—que es como decir que no continúan metidos en una concha, aislados, como estuvieron durante los espantosos días finales de la guerra.

Al mismo tiempo, sin embargo, el país no ha retornado plenamente a la valiente clase de auto-confianza que desplegó en décadas pasadas, cuando el Presidente Eisenhower estaba retribuyendo el globo con bases estadounidenses y John F. Kennedy afirmaba que los norteamericanos podían pelear dondequiera por la libertad.

Así, pues, estimo, esta es una era intermedia de transición en que los norteamericanos están buscando nuevas prioridades. Están ansiosos de reafirmar la fortaleza de los Estados Unidos. Pero, recordando a Vietnam, desean evitar la repetición de la tragedia.

Daniel Yankelovich, experto de la opinión pública, aptamente dijo no hace mucho que el sentimiento norteamericano de hoy tiene poco parecido al del "espíritu de cruzada" de la década de 1950 y principios de la de 1960. A su vez, él apunta, la pauta actual es de "internacionalismo cauteloso".

Algo de idealismo está reavivi-

vándose, y ha regresado algo de la antigua política agresiva. Pero sobre todo, dice Yankelovich, los norteamericanos son prudentes cuando emergen de la experiencia de Vietnam.

Aún antes de la captura de los rehenes en Irán y la invasión de Afganistán por los soviéticos, las actitudes norteamericanas fueron abiertamente guiadas por el sentimiento de que el poder de los Estados Unidos ha ido menguando. Los eventos en el sur de Asia aceleraron un rumbo que ya estaba en marcha.

En 1974, por ejemplo, solamente el 34% de los norteamericanos favorecieron el envolvimento militar estadounidense para detener el ataque soviético contra Europa Occidental. Ahora, el 67% apoyaría tal compromiso. Últimamente, también, una mayoría de norteamericanos han apoyado los grandes presupuestos para la defensa y restauración del servicio militar obligatorio.

Como lo demuestra la retórica de la campaña de elección presidencial en este momento, además, la política exterior se ha convertido en un tema de importancia, mayoritario, con los candidatos tratando de eclipsarse unos a otros en aconsejar mano fuerte con los rusos. No se escuchan una voz pacifista. Si los guerrilleros están en boga, es porque tienen una audiencia receptiva.

Con todo esto, sin embargo, me parece que los recuerdos de Vietnam han determinado profundamente el pensamiento de los norteamericanos en cuanto a su veneración a la invencibilidad.

La experiencia de Vietnam

Por Aída de Verdi
SI TIEMBLA
SE DERRUMBA

"A casi un siglo de haber sido convertida en el popular "Asilo Sara", la vieja casa de campo se encuentra hoy a punto de derrumbarse por completo, a la vez que carece de servicio de agua". (PELIGRAN 400 ANCIANOS, José Abelardo Díaz, EL DIARIO DE HOY).

Es cierto que en nuestro país no se han perdido los sentimientos humanitarios, y si también es cierto que hablamos con entera sinceridad de justicia social, he aquí un caso proclive a la más dolorosa de las tragedias. Cuatrocientos ancianos que tienen derecho a la vida a pesar de la senecta blancura de sus canas, "blancas como el carambano" que corona la sien del Himalaya", están en serio peligro de morir aplastados como guaná-

—Favor pase a la página 37.

Hoy en la Historia

Por The Associated Press. Hoy es martes 13 de mayo, día número 134 de 1980. Quedan 232 días en el año.

Acontecimientos salientes de la fecha:

1470.— Cristóbal Colón, que confiado hallar en Juan II de Portugal ayuda para sus propósitos se había establecido en Lisboa se casa con Felipa Moniz.

1503.— Las Fuerzas españolas derrotan a los franceses y entran en Nápoles.

1647.— Un intenso terremoto en Chile causa estragos desde Cuzco hasta Valdivia y Cuyo.

1741.— Felipe V aprueba la fundación de la Real Academia Española.

1809.— El Ejército francés

—Favor pase a la página 37.

¿Devaluación?

Por Mario Dalponte

Puesto que las autoridades monetarias no han podido resolver la ya prolongada penuria de divisas, la devaluación aislada del colón es considerada por muchos, aquí y en el exterior, como inevitable; sobre todo, ante la impasible actitud de nuestros supuestos protectores norteamericanos. En verdad, al interpretar tal actitud, el analista político no puede excluir la posibilidad de que propenda hacia el logro de una devaluación y del consiguiente ahondamiento de la crisis nacional, hasta tocar fondo: nadie puede negar que la penuria de divisas figura entre los principales factores que han causado y seguirán causando, a paso creciente, la contracción de la actividad económica de El Salvador.

El Ing. Duarte y el Dr. Delgado han declarado públicamente que no habrá devaluación, pero ninguno de ellos ha aducido las razones. Estas sólo surgen del acertado análisis económico, el cual en nuestro caso es harto sencillo. Supongo que incumbe al Presidente del Banco Central plantearlo y en mi opinión debería hacerlo.

Todos sabemos que las devaluaciones acontecidas en el mundo entero han sido negadas por obvios motivos hasta el último momento. Por eso es que las declaraciones de las autoridades monetarias han acrecentado la duda de que una devaluación está a las puertas. Estoy seguro de que el público desea saber sobre qué bases ha sido negada la posibilidad de una devaluación.

Si bien es concebible que se pueda hacer uso de una devaluación para lograr algún insensato fin político, debo enfáticamente recalcar que en el caso de El Salvador, la necesidad económica de una devaluación aislada del colón, sólo puede darse en forma única e imperiosa, sin lugar a alternativa alguna, cuando las cosechas de exportación no fueran más lo suficiente rentables en función del tipo de cambio vigente. Forzosamente se deberá entonces recurrir como primer paso por lo menos a tipos de cambio diferenciales—que equivalen a una devaluación selectiva—la cual permitiría restablecer hasta cierto grado la rentabilidad de las cosechas de exportación que constituyen el sostén económico de la nación, remunerando con más colones los dólares devengados por los precios de exportación. Esto, si los costos de los factores de producción, no se alteran hasta anular la extra-remuneración determinada por la devaluación.

Es obvio que de no haber cosechas de exportación, no habrían divisas. Por consiguiente, el país reduciría a cero su capacidad de importación, paralizándolo totalmente su actividad económica.

Desde luego, toda devaluación persigue restablecer el equilibrio entre las exportaciones y las importaciones, o sea el balance del comercio exterior del que la vida de la nación depende. En el caso salvadoreño, no procede contener un simple excedente de las importaciones sobre las exportaciones mediante una devaluación, al menos que éste coincida con la insuficiente o la no ren-

—Favor pase a la página 9.

POR LA LIBRE

Lo que Kennedy no pudo terminar...

Por Víctor Alba

BARCELONA. El tiempo tiene su importancia política. Sirve, entre otras cosas, para distinguir entre el simple político y el hombre de Estado o estadista.

El primero actúa con vista a las próximas elecciones. Vive a corto plazo y, en general, cuando pierde el poder, pierde la personalidad. La historia no lo recuerda.

El segundo, el estadista, vive a largo plazo. Actúa pensando en la historia, en lo que puede necesitar la generación siguiente a la suya, se preocupa de las elecciones o del golpe, pero sólo como medio para la política del futuro, no como fin de su propia política. Y la historia suele recordarlo aunque no haya hecho nada espectacular.

A veces, un político creece hasta convertirse en un hombre de Estado. Tal fue el caso de John F. Kennedy. Hoy podemos ver cuán distinto sería el mundo si no lo hubiesen asesinado y si hubiese podido llevar a cabo su proyecto de llegar a establecer una comunidad atlántica.

Claro que son muchos "si". No es seguro que hubiera encontrado apoyo en el Congreso norteamericano. No es seguro tampoco que su sugestión hubiese hallado en Europa Occidental el eco necesario para convertirse en realidad. Pero era bastante hábil para convencer a muchos.

En todo caso, no hay duda que sin algo semejante a la idea de Kennedy, Estados Unidos acabarían encerrándose en sí mismo y Europa se encontraría entre un "Munich" con Moscú, o un esfuerzo de austeridad, sacrificios y tensiones si no quiere ceder a los rusos.

Dicen que Carter se muestra en privado, muy decepcionado por el poco calor que han puesto los gobiernos europeos en colaborar con él en la defensa de los rehenes de Teherán y, cosa mucho más importante, en oponerse al expansionismo soviético, manifestado una vez más con la aventura del Afganistán.

Es posible que esa decepción se comunique al pueblo norteamericano y que tenga por efecto una nueva oleada de aislacionismo, lo cual sería exactamente lo que los hombres del Kremlin desearían y lo que favorecería mejor sus planes.

Las medidas de Carter frente a Moscú o frente a Komeini o quien sea—si es alguien—que mande en Irán no tendrán efecto. Son el tipo de medidas que fallaron ya cuando Napoleón quiso aplacarlas contra Inglaterra, la Sociedad de las Naciones contra la Italia de Mussolini con motivo de la guerra de Etiopía, la ONU contra Franco y el propio Washington contra Castro. Ni siquiera si fueran de todo Occidente servirían de mucho. Harían más difícil la vida del hombre de la calle, pero no la de las dictaduras que lo controlan. Y no cambiarían a esas dictaduras.

Para parar los pies de Moscú, y para encontrar en Irán los pies de los que debe tirarse, se necesita algo más que lo sugerido

—Favor pase a la página 24.

—Favor pase a la página 24.